

Fue

No era. Luego fue. Y nació. Tenía cuatro patas y pulgares. Pasaron los años y se convirtió en un ser humano completo, de los que razonan y andan sobre dos patas.

Era una mañana de verano, de esas que huelen a sábado, la plaza estaba llena de niños jugando y las terrazas de los bares de alrededor repletas de padres que habían dejado de serlo por un rato. Entre los niños había uno que no encajaba del todo en el paisaje, al igual que un pulgar en una mano. Recientemente le habían enseñado a hacer aparecer aves de la nada utilizando tan sólo pan, tiempo y un banco en el que pasarlo, por lo que ahora rellenaba la mayoría de sus vacaciones como un ser octogenario de siete años de edad. Sin embargo, este apasionante pasatiempo no solo atraía aves. Muy a menudo se pasaban a visitar algunas familias de pequeños roedores y de toda clase de insectos. Por lo general, esto no era un problema, siempre venían los mismos primos así que ya se conocían y no le asustaban, pero ese día había alguien nuevo. Era pequeño, pero no como un insecto, y peludo, pero no como una ardilla. Una, dos, tres, cuatro y otras cuatro patas al otro lado del torso sumaban demasiadas. Este nuevo invitado no le cayó nada bien, le producía la misma sensación que la tía Germinia, pero había una diferencia: a la tía Germinia no podía aplastarla con tanta facilidad.

No oyó nada, pero si lo hubiera hecho habría oído un sonido similar al que produce abrazar a una bolsa de almendras.

No sintió nada, pero si lo hubiera hecho hubiera sentido una sensación similar a la que produce abrazar a un queso de pasta blanda.

Apartó el pie, miró hacia abajo y no le gustó lo que vio. Le bajaron nervios al estómago. Le subieron lágrimas a los ojos. Y le entraron ganas de correr de vuelta con sus padres. Las lágrimas no le permitían ver muy bien y los nervios no le permitían pensar con claridad. Pero corrió. Sus padres estaban en el bar al otro lado de la calle, sólo tenía que atravesar la plaza y cruzar una pequeña carretera. Atravesó la plaza, pero nunca cruzó la carretera.

Y dejó de ser.

Y fue: un tulipán durante el Renacimiento, una bacteria en el Precámbrico, un león cyborgdroide durante el Futurelectricismo¹. Y así fue millones y millones de veces, hasta que volvió a ser.

Y nació. Tenía seis patas y antenas. Pasaron los días y se convirtió en una hormiga completa, de las que excavan y recolectan alimentos.

Era un día, por lo que tenía que trabajar. Hoy, de nuevo, le tocaba buscar la cena para LA REINA, pero no se le daba muy bien su trabajo. No entendía qué parte era la que fallaba. Cada día se despertaba y seguía el rastro de feromonas, al igual que todas las demás hormigas, pero de alguna manera cuando llegaba al final ya no quedaba comida. Esto la irritaba profundamente, así que ese día se levantó con intención de agitar el *statu quo*. Tenía un plan: no seguiría la línea de feromonas, tomaría otro camino y crearía su propio rastro. Ella no era parte del rebaño. Si conseguía volver con vida todos la admirarían eternamente, se contaría su leyenda y, con suerte, le subirían el sueldo, por lo que se lanzó a la aventura.

1 Aún no conocemos nada de la época a la que el texto se refiere, por lo que me he permitido el gusto de bautizarla.

Atravesó desiertos de estiércol, trepó paredes de hormigón y cruzó ríos de zumo. Estaba exhausta. Su cerebro le decía que lo que había hecho era una tontería, si hubiera seguido el camino de feromonas ya estaría volviendo con comida para LA REINA. No podía más. Estaba apunto de rendirse cuando lo “vio”. Era precioso. Un paisaje completamente nevado, cubierto de harina, con cordilleras elevadas por levadura y un fuerte olor a gluten. Había suficiente comida como para alimentar a dos reinas². Ya casi lo había conseguido, solo tenía que volver a casa expulsando feromonas y alcanzaría la eternidad. Puso a funcionar su glándula de Dufour, se dio la vuelta y... no se dio la vuelta. No podía moverse, el suelo insistía en acompañar a sus patas cuando intentaba levantarlas. Y las “vio”. “Vio” unas grandes esferas que apuntaban en su dirección. Una, dos, tres, cuatro y otras cuatro esferas al otro lado de la cabeza sumaban demasiadas. Se hizo las feromonas encima.

Y dejó de ser.

Y fue: un hongo bajo tierra, un águila sobre las nubes, un percebe surcando los mares a lomos de una ballena. Y así fue millones y millones de veces, hasta que volvió a ser.

Y nació. Tenía una, dos, tres, cuatro y otras cuatro patas al otro lado del torso. Pasaron los meses y se convirtió en una araña completa, de las que tejen pegajosas carreteras y trepan altos edificios.

2 Lo cual era una suerte, puesto que LA REINA se había comido a LA REINA ILEGÍTIMA, por lo que ahora necesitaba más alimento para saciarse.

•
•
•

Y fue un queso brie en una bolsa de almendras siendo abrazado por sí mismo, una y otra vez, para toda la eternidad.